

« Dos escritores de libelos infamatorios llamados
 « Bustamante (D. Carlos María) el uno y el otro
 « Ibar, negaban que los españoles hubiesen inva-
 « dido el país; aun cuando habían ya llegado los
 « partes oficiales de su desembarque en Cabo
 « Rojo... » El segundo llamaba á gritos á la sedición
 « al ejército, diciendo : « *que debía primero des-*
 « *truir el gobierno nacional y pasar después á*
 « *batir al enemigo* (1). »

« Todos los días se lanzaba una ó muchas ca-
 « lumnias para quitar la fuerza moral del gobierno
 « y destruir enteramente el crédito de la administra-
 « ción. — Las medidas del ministerio encontraban,
 « no una censura racional ni la juiciosa crítica, ni
 « la acusación siquiera verosímil, ni la sátira, ni el
 « sarcasmo á que dan lugar los abusos de un go-
 « bierno extraviado; sino las calumnias más gro-
 « seras, las más impudentes imposturas, las inju-
 « rias más indecentes que pueden producir la rabia,
 « el encono, el despecho mismo reunido á la in-
 « solencia, á la bajeza y á la falta de toda caridad. »

Desde la Independencia hasta 1903, no hay ejem-
 plo de una oposición más encarnizada y feroz que
 la sufrida por el presidente Guerrero. ¿Acaso era un
 facineroso y el peor de los gobernantes que ha te-
 nido la nación? No; por el contrario, Guerrero fué

(1) Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México*,
 t. II, pág. 183.

siempre un hombre probo, afable, moderado,
 enérgico para los grandes deberes patrióticos, pero
 tuvo el candor de creer que *el pueblo* podía gober-
 narse á sí mismo, aún cuando *el pueblo esté ausente*
de la política y que por su falta de cultura y ri-
 queza no es posible que se halle presente. El ge-
 neral Guerrero fué un jacobino honrado, leal con
 sus ilusiones, amante de sus principios, incorrup-
 tible en todos sentidos. Cuando un pueblo no tiene
 una clase rica tradicionalista ó industrial que lo
 gobierne, tiene que oscilar entre la dictadura y la
 demagogia. No hay término medio para los gober-
 nantes; tienen que lanzarse con más ó menos éxito
 á la dictadura, ó que ser tratados como imbéciles.
 La imbecilidad excita hasta el carnero á darse ínfulas
 de pantera. No hay cosa peor que el gobierno
 inspire desprecio, todos le gritan, hasta los mudos;
 todos le ponen los puños en la nariz, todos se creen
 libertadores y necesarios. Para dar vuelo á la de-
 magogia no hay como un gobierno que la confunda
 con la democracia.

Una vez entregado el país al mando de la dema-
 gogia, la pérdida de la nación ó su envilecimiento
 son irremediables. La gran mayoría de la nación,
 tímida, ignorante, sencilla, se entrega cariñosamente
 á los demagogos, que la educan para sedu-
 cirlos, al mismo tiempo que la engañan para ex-
 plotarla y arruinarla. La prensa es la gran fuerza

de la demagogia en los países que quieren ser libres sin ser civilizados, prensa de escándalo, de *chantage*, de aventura, de difamación inaudita, de lenguaje tabernario, de actitud de *braví*. El vulgo casi analfabeta, cree que la prueba de una verdad es la indecencia del lenguaje y la fetidez del insulto. La nación no se llega tampoco á calentar hasta el *rojocerezo* con la prensa; se conmueve hasta hablar en voz mediana, hasta tener la intención de un principio de deseo..... y nada más.

Pero la misma demagogia finge la nación, la improvisa, la viste y reviste, le inyecta sangre de víbora, ardores, espasmos, cóleras, explosiones. El grupo que hace siempre el papel de nación es el muy grande *famélico* que busca empleos. El *hambre implacable* exige á sus periodistas que destruyan inmediatamente al gobierno que no ha satisfecho el *derecho á la sopa* de la clase media; la que quisiera que cada palabra obscena de la oposición produjera la peste bubónica en los ministros, ó el efecto de un rayo para el presidente. La prensa reservada, fría, elevada, es para esta clase ardiente con la fiebre de la *inanición* una burla para sus necesidades; sólo el libelo sabe á esperanzas, y sólo la injuria puede ser frase de la venganza.

Zavala cree que la prensa libelista estaba pagada por los españoles residentes en Méjico, que habían

traído la invasión. « Si hemos de juzgar por las « apariencias, debe creerse que el gobierno español « tenía espías repartidos en la república; escritores « asalariados; instigadores para introducir la dis- « cordia y agentes de diferentes clases que provo- « casen el desorden y la guerra civil, mientras sus « tropas atacaban por las costas (1). » La opinión de Zavala no es aventurada; la demagogia nunca ha tenido patria, ni decencia, ni altruismo, los escritores de esa marca tan estimada de las clases analfabetas ó famélicas, reciben igualmente dinero de todas las manos y para todos los cultos. Debe entenderse que esa oposición para que Guerrero no atendiera á la guerra extranjera, tenía por objeto entregar á la nación desarmada al enemigo.

Es bochornoso para el Congreso infestado por la demagogia que atacaba al presidente Guerrero, haber dado á éste facultades extraordinarias hasta el 12 de Agosto de 1829, es decir, quince días después de que Barradas había desembarcado en Cabo Rojo. Por supuesto que estos mismos hombres que manifiestan pasión porque su país se arruine ó sea fácilmente conquistado con tal que el conquistador derribe al gobierno que odian, son los más activos para llenar de improperios al que dude un momento del admirable patriotismo de los mejicanos, que en

(1) Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico*, t. I, pág. 183.

su mayoría les rendían culto y sumisión mental.

*
**

El presidente Guerrero, como he dicho, pudo, *sin facultades extraordinarias*, rechazar la invasión de 2700 españoles al mando de Barradas. Es también ridículo que un país de siete millones de habitantes, que tenía la desgracia de sostener sobre las armas como ejército en pie de paz, 47000 hombres (33000 federales y el resto de los Estados), tenga necesidad de ejércitos extraordinarios, de ponerse en alarma y de entregarse á costosos sacrificios para defenderse de 2700 hombres á medias destruidos por la fiebre amarilla y las enfermedades de tierras cálidas mortíferas. El gobierno español escogiendo el mes de Julio para el desembarco de sus tropas, no aclimatadas en Cuba, la costa de Tampico, parece haber tenido el propósito de castigarlas con pronto exterminio.

La oposición á Guerrero era general. Todos los partidos, ó más bien dicho, todas las facciones estaban contra él, por la sencilla razón de que no había querido gobernar con ninguna sino con el pueblo; y como éste políticamente no existía, había logrado aislarse en sus puros sueños democráticos. Los españoles habían escogido un buen momento para reconquistar su nueva presa.

*
**

Los españoles desembarcaron como he afirmado en Cabo Rojo el 27 de Julio de 1829, distante doce leguas de Pueblo Viejo. Según Zamacois, « Al brillar la luz primera del día 29 de Julio y al toque animado de diana, la división española se formó en tres secciones fijando su dirección hacia Tampico (1). » Según Suárez Navarro, « El primero de Agosto principió sus movimientos el enemigo (2). » El dato de Zamacois es el oficial de Barradas, y no teniendo éste interés para mentir en este asunto, debe aceptarse.

Después de dos días de marcha, el 31 de Agosto (3) « el primer batallón había pasado por enfrente de un sitio mucho más frondoso que los demás, distante cien pasos de la playa, empezaba á pasar la cabeza del segundo, cuando se escuchó la terrible detonación de varias piezas de artillería, acompañada de mortífera metralla, que tendió en el suelo once soldados. Aquella inesperada emboscada y la sorpresa causada con ella, introdujo algún desorden en las primeras filas del segundo batallón que sufrió la descarga;

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XI, pág. 733.

(2) Suárez Navarro, *Historia de México*, tomo I, pág. 144.

(3) Zamacois, *Historia de México*, tomo XI, pág. 739.

« pero la serenidad y sangre fría del comandante
 « D. Juan Falomir, hizo que recobrasen su aplomo,
 « y mandó que inmediatamente salieran el Teniente
 « D. Antonio Sanjurjo y el Subteniente D. Eduardo
 « Agusty, con media compañía de cazadores, á re-
 « conocer el sitio de donde había salido la detona-
 « ción y la descarga de metralla. La orden fué
 « puesta en ejecución al momento, y penetrando
 « los españoles por distintas direcciones á la espe-
 « sura, sorprendieron á su vez á los que habían
 « hecho fuego, asaltando una especie de reducto
 « circular formado de ramaje, donde tenían *colo-*
 « *cados cuatro cañones de á doce.* Los mejicanos se
 « disponían á hacer otra descarga, pues tenía uno de
 « sus artilleros ya la mecha encima del oído de un
 « cañón, cuando se vieron acometidos por los caza-
 « dores españoles, uno de los cuales mató al que
 « iba á dispararle el cañonazo sin darle tiempo á
 « que lo hiciera. La sorpresa que les causó á los
 « que defendían el reducto la presencia inesperada
 « de la guerrilla expedicionaria, fué grande; y no
 « pasando la fuerza que tenían de cincuenta hom-
 « bres, se vieron precisados á rendirse. »

El servicio de cuatro piezas de artillería requiere treinta y dos artilleros, y si sólo había cincuenta hombres en el reducto, quiere decir que se había confiado la defensa de una batería mínima á 18 soldados de infantería. Esto no puede haber sucedido,

y el hecho sólo se explica por la huída vergonzosa del jefe que con mayor número de hombres estaba encargado de defender el reducto *para detener* la columna expedicionaria. ¿ Quién fué ese hombre ? La historia apenas sospecha su nombre, pues como lo veremos adelante, no puede ser otro que D. Felipe de la Garza, uno de los principales asesinos de Iturbide.

Todos los historiadores mejicanos guardan silencio sobre esta cobardía que entregó á Barradas fácilmente cuatro piezas de artillería de batalla; excepto el mejor informado de todos, por ser el defensor y panegirista del general Santa Anna, héroe de la campaña. Dice Suárez Navarro :

« Fácil les fué (á los españoles) apoderarse de
 « *las piezas y municiones* que hallaron en su
 « tránsito, porque no existía guarnición suficiente
 « para su defensa en ninguno de los puntos de la
 « misma ribera del río (1). » Pero cuando no se
 « tiene guarnición suficiente para defender artillería
 « y municiones, no se le ponen en las narices al
 « enemigo para que las tome. Las municiones se
 « hubieran podido inutilizar arrojándolas al río, lo
 « mismo que las piezas; todavía más : bastaba no
 « haber disparado las piezas para salvarlas. No puede
 « haber sucedido más que el jefe que había dis-

(1) Suárez Navarro, *Historia de México*, t. II, pág. 144.

puesto la resistencia en el reducto, huyó con su gente, dejando encargado á los artilleros que descargasen las piezas y huyesen cuando el enemigo se les viniera encima.

Respecto á la resistencia en los « *Corchos* » la discordancia es asombrosa entre los historiadores mejicanos entre sí y con el informe oficial de Barradas.

Habla Filisola : (1) « Entre tanto tuvo lugar la acción llamada de los « *Corchos* », en la cual el coronel D. Andrés Ruiz Esparza y el ayudante D. Juan Cortina con un corto número de soldados del batallón de Pueblo Viejo de Tampico, la compañía de cazadores de los mismos, otras de milicias cívicas de los pueblos inmediatos, detuvieron por más de cuatro horas á un cuerpo de 3500 españoles, causándoles al mismo tiempo « *pérdidas innumerables.* » Desde luego Filisola, asienta una falsedad : la expedición al desembarcar tenía 2700 hombres y en los *Corchos* poco menos por las bajas ocurridas, con motivo del despojo de las cuatro piezas y de las enfermedades.

Habla Suárez Navarro :

« En los « *Corchos* » tuvo lugar el primer encuentro con los invasores. *El coronel don Andrés Ruiz Esparza y don Juan Cortina, con*

(1) Filisola, *Guerra de Tejas*, t. I, pág. 144.

« *un corto número de soldados* del batallón de « Pueblo Viejo de Tampico y algunos milicianos « de los pueblos inmediatos, sostuvieron por más « de cuatro horas el citado punto, cediendo al fin al « número *centuplicado* de los contrarios (1) ». Si la relación era de cien españoles por cada mexicano, y siendo los españoles poco menos de 2700, deben haber sido los defensores de los « *Corchos* » 26 ó 27 hombres, cifra que no puede constituir ni una compañía que consta de 100 hombres.

Filisola estima los defensores de los « *Corchos* » en varias *compañías* es decir en varios centenares de soldados, mientras que según Suárez Navarro, no pueden pasar de 27.

Zavala dice :... « tenía algunos heridos (Barradas) de resultas de la pequeña acción ocurrida en su tránsito desde Cabo Rojo, entre su vanguardia y las partidas de patriotas que le salían al encuentro sobre los médanos de arena (2) ». Si esta pequeña acción no es la de los « *Corchos* » no existió para Zavala, pues no menciona otra, ni habla para nada de los « *Corchos* », lo que es muy notable, porque formaba parte del ministerio del general Guerrero cuando la invasión. Don Miguel Lerdo de Tejada dice que Barradas llegó á Tampico « sin haber encontrado en su tránsito otro obstácu-

(1) Suárez Navarro, *Obra citada*, pág. 144.

(2) Zavala, *Ensayo histórico*, t. II, pág. 179.

« lo que la *débil resistencia* que en el punto llama-
« do los « Corchos », *les opuso un pequeño desta-*
« *camento* de milicianos cívicos mandado por don
« Andrés Ruiz Esparza y don Juan Cortina (1) ».

Larenaudière dice : « 300 de ellos (los mexicanos)
« ocultos en una emboscada con dos piezas de arti-
« llería en las arboladas alturas de los « Corchos »,
« intentaron detener á los españoles. Una des-
« carga de fusilería puso la vanguardia en desor-
« den por algunos momentos; pero el corto nú-
« mero de aquella tropa *cedió prontamente á la*
« *mayor fuerza* » (2).

Rivera, en su historia de Jalapa, dice exactamente lo que Lerdo de Tejada : la resistencia en los « Corchos » fué insignificante.

La versión de Barradas difiere de las que he citado, y lo más notable de la discordancia es que no coloca la acción de los « Corchos » en su tránsito de Cabo Rojo á Tampico, pues Zamacois, que da la versión oficial española, dice : « no había « transcurrido una semana desde su llegada á Tam- « pico (3) cuando tuvo aviso de que *las tropas* « *regulares que cubrían el Estado de Tamaulipas* « entre las cuales se contaba el batallón de Pueblo

(1) *Apuntes históricos de Veracruz* (Lerdo de Tejada), t. II, pág. 332.

(2) Larenaudière, *Histoire de México*, pág. 210.

(3) Zamacois, *Historia de México*, tomo XI, pág. 746.

« Viejo, así como las milicias, bajaban por los
« Corchos » para provocarle á un combate. Los
« principales jefes que iban á la cabeza de estas
« tropas, eran don Juan Cortina y don Andrés Ruiz
« Esparza. En el momento que Barradas recibió
« aviso de este movimiento, dispuso el 9 de Agosto
« la salida de *cuatro compañías* del primer bata-
« llón, *cuatro del segundo y dos del tercero* (en
« *todo mil hombres*) á las órdenes del comandante
« don Juan Falomir cuya fuerza salió con direc-
« ción á los « Corchos » por el rumbo conocido
« con el nombre de *Camino viejo de Victoria.* »
De manera que los historiadores mexicanos colo-
can á los « Corchos » entre Cabo Rojo y Tampico
y Barradas lo coloca entre Tampico y Victoria.

Encontrados los mexicanos en los « Corchos »
fueron batidos según Barradas por los mil espa-
ñoles; habiendo tenido los primeros 97 muertos,
132 heridos y 180 prisioneros. Si la mayor parte
eran cívicos, éstos, cuando se portan muy bien, casi
como héroes aguantan perder cinco por ciento de su
efectivo : luego según las bajas debía haber en los
« Corchos » 4000 mexicanos; y si admitimos bajas
de 10 %, que ya corresponden á buena tropa, el
número de mexicanos debía haber sido 2000.

No cabe duda que la jactancia española hizo que
Barradas diera á su triunfo de los « Corchos »
una importancia que no pudo haber tenido. Ja-

*más! entiéndase bien : jamás á un coronel se le ha confiado en México el mando de 2000 hombres, menos el de 4000. En 1829 un coronel mandaba á lo más 400 hombres. Cuando en 1829, había reunidos 2000 hombres había á su frente por lo menos dos generales de brigada. Basta que Barradas confiese que la fuerza mexicana estaba mandada por un simple coronel, probablemente de *cívicos*, para que deba considerarse imposible que ésta en los « Corchos » pasase de 500 hombres.*

Sin meterse á investigar la verdad completa sobre la importancia de los triunfos españoles, sí se puede decir, que desde que Barradas desembarcó, hasta el día 9 de Agosto, todos los historiadores serios mexicanos están de acuerdo, sin excepción, en que no fué derrotado, y que por el contrario, obtuvo el triunfo en todos los encuentros á los cuales dan poca importancia.

« Entre tanto, el general Don Felipe de la « Garza, con una división respetable, se dirigió « hacia Pueblo Viejo, tratando de reducir á la « pedición española á un estrecho círculo, para lo « cual había ya situado diversas fuerzas en distintos « puntos. El brigadier Don Isidro Barradas, al saber el movimiento emprendido por la Garza, y « después de oír el parecer del entendido jefe de « Estado Mayor Don Fulgencio Salas, salió de Tam- « pico con una columna de *dos mil hombres*, al en-

« cuentros del general mexicano, que, aunque llevaba « una fuerza de cinco mil hombres, se componía una « gran parte de ella de milicias, que, aunque de « gente valiente, no podía tener la disciplina y la « instrucción militar de las tropas de línea. Cerca « aún del punto de salida y en el sitio llamado *el « Bejuco ó Bejucal*, ordenó Barradas que su fuerza « se dividiese en dos secciones, una por la extrema « derecha en dirección al río Pánuco, y la otra por « el sitio de las lomas, marchando por el centro, « una compañía de cazadores, extendida en orden « de guerrilla. Colocada de esta manera la fuerza « expedicionaria, rompió al inmediato día el fuego « la expresada guerrilla, cuyos extremos se hallaban « fuera del alcance de vista de las dos secciones. »

« Esto hizo creer al general Don Felipe de la « Garza, que la fuerza española no era más que la « que había entrado en acción y sus tropas se lanzaron á paso de carga, pero sin orden militar, « pues como he dicho eran milicias en su mayor « parte. La guerrilla, por movimiento estratégico, « se replegó, haciendo fuego en retirada, hasta que « bien calculado el tiempo, dió lugar á que la sección de la izquierda les presentase la batalla, « mientras la de la derecha se cerró ocupándoles « su retaguardia; cuya operación se verificó en la « *calle real de Pueblo Viejo*. Viéndose las fuerzas « de Garza atacadas por tres puntos diferentes, á la

« voz de : ¡*Viva el Rey!* se hallaron sin poder mo-
 « verse, en medio de la expresada calle Real, entre
 « los dos batallones expedicionarios que por uno
 « y otro lado les impedían el paso. Inútil hubiera
 « sido todo esfuerzo para resistir en aquellas cir-
 « cunstancias en que se veían cogidos entre dos
 « fuegos. El general Don Felipe de la Garza, que
 « se hallaba á la cabeza de sus soldados, *deponiendo*
 « *su actitud hostil*, pidió hablar con el brigadier
 « Barradas, *dándose, lo mismo que su tropa, por*
 « *prisioneros de guerra*. El jefe español le recibió
 « con agrado, y en la conferencia que tuvieron,
 « *al declararse Garza prisionero*, Barradas le
 « contestó que podía irse libre, *bajo palabra de*
 « *honor de no volver á hostilizarle...* (1) »

Nuestros historiadores educativos omiten hablar de este hecho de armas altamente vergonzoso para Garza y sus fuerzas. La versión de Zamacois que acabo de copiar es la versión oficial española; y si Barradas miente ¿por qué no lo dicen y lo prueban? ¿Porque ignoran lo que oficialmente comunicó Barradas á su gobierno? Esto fué publicado en la Habana tan luego como llegó Barradas á esa ciudad y comunicado á México, por la vía de Nueva Orleans. ¿Por qué nadie lo ha desmentido en el curso de *setenta y tres años*?

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XI, págs. 750 y 751.

Zamacois imprimió su volumen XI, en que habla sobre la expedición de Barradas el año de 1879, y afirma que dicho jefe con dos mil hombres hizo prisionero al general Garza que tuvo 5000. ¿Por qué nadie ha impugnado lo que dijo Zamacois hace veinticuatro años en México y públicamente? La edición que poseo de la Historia del Sr. Pérez Verdía es de 1900; ha dispuesto este historiador de la niñez, de nueve años para conocer lo que dice Zamacois y combatirlo. Todo historiador está obligado á informarse de lo que dicen sobre un hecho notable, como es la expedición de Barradas, las dos partes contendientes. Para entender bien la guerra Franco-Alemana y no ser sorprendido, engañado ó enseñado á medias; hay que leer á los autores alemanes y franceses. Esto es más necesario en México, donde tristemente se especula con la vanidad pública, ocultando verdades desagradables y sirviendo frecuentemente mentiras halagadoras.

Yo no me atrevo á afirmar que todo lo que oficialmente dice Barradas y sus historiadores es exacto; pero tampoco tengo pruebas ni razonamientos para asegurar que toda la versión española sobre la expedición de 1829, es falsa. Todo lo contrario, dos historiadores que vivieron en 1829; Zavala y Suárez Navarro, siendo el primero notable hombre público, formando parte del gabinete mexicano